

ACTAS DEL XIII CONGRESO INTERNACIONAL ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009)

IN MEMORIAM
ALAN DEYERMOND

I

Editadas por
José Manuel Fradejas Rueda
Déborah Dietrick Smithbauer
Demetrio Martín Sanz
M^a Jesús Díez Garretas



VALLADOLID
2010

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2010

© Los autores, 2010

Reservados los todos derechos. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, salvo para citas, sin permiso escrito de los propietarios del copyright

Publicado por el Ayuntamiento de Valladolid y la Universidad de Valladolid

Ni el Ayuntamiento de Valladolid, ni la Universidad de Valladolid (UVa) ni la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (AHLM) ni los editores son responsables de la permanencia, pertinencia o precisión de las URL externas o de terceras personas que se mencionan en esta publicación, ni garantizan que el contenido de tales sitios web es, o será, preciso o pertinente.

Edición realizada dentro del proyecto de investigación VA46A09 financiado por la Junta de Castilla y León.

Ilustración de la cubierta de María Varela

ISBN 978-84-693-8468-8

D.L. VA 951-2010

Impreso en España por
Valladolid Artes Gráficas

**MUNDO Y MUNDOS DE LAS VIAJERAS
MEDIEVALES. ENTRE DESAFÍOS
PARA LA *MULIER VIRILIS*
Y SEÑALES DIVINAS
PARA PEREGRINAS ANÓNIMAS**

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA
Universidad Católica Argentina / CONICET

La publicación en 1903, de un estudio de Marius Ferotín sobre un manuscrito del siglo XI, descubierto dos décadas antes en Arezzo, incorporó un nuevo nombre a la lista de los viajeros célebres y sus memorias. Pero fue además un suceso que enriqueció con aportes inéditos hasta aquel momento, el corpus de este tipo de textos. No solo se trataba del relato de un peregrinaje a Tierra Santa de fines del siglo IV o principios del V, época en la que tal viaje aún resultaba excepcional, sino que constituía un detallado testimonio personal de alguien que lo había realizado, y lo más extraordinario del caso era que se trataba de una mujer.

El único códice que se conserva, se encuentra mutilado. Presenta dos lagunas y carece de algunos folios correspondientes al principio y al final. Por esta razón, la determinación de su autoría ha resultado problemática. Quien lo descubrió en 1884, Gian Francesco Gamurrini, identificó a la viajera con Silvia de Aquitania. Sin embargo, el mencionado estudio de Ferotín aduce una carta de San Valerio a los monjes del Bierzo, *Epistola de Beatissimae Echeriae laude*, donde alaba a esta mujer por la peregrinación que realizó, y expone un resumen de su itinerario que coincide en varios puntos con el relato del manuscrito de Arezzo, reproduciendo incluso, algunos de sus elementos léxicos y estilísticos.

Este *Itinerarium* es citado muchas veces como el primer testimonio conservado de los peregrinajes a aquellas tierras aunque existe uno anterior, el *Itinerarium burdigalense*, de 333. Pero su desconocido autor, denominado como “el peregrino de Burdeos”, se limita a registrar escuetamente, a lo largo del trayecto, nombres de localidades y distancias terrestres y marítimas,

mientras la parte descriptiva es muy concisa y se refiere solo a Tierra Santa¹. En consecuencia, considero que las características formales de las minuciosas y personalizadas memorias atribuidas a “la virgen Egeria”, autorizan a que se las califique como el primer relato que se ha conservado de estos viajes². En cuanto a la autora, se ha transformado en un personaje emblemático a pesar de todos los enigmas que envuelven su identidad. El nombre es el primero de ellos, pues los cinco códices que se conservan de la carta de San Valerio, lo registran bajo diversas formas como Aetheria, Echeria, Etheria, Heteria, Eiheria o Egeria. Ferotin y otros autores se decantaron por Eteria, o Etheria, pero la forma Egeria es finalmente la que ha prevalecido por considerarla, en palabras de Chirat, “[...] la mejor atestiguada, la que mejor explica también las otras grafías y la que la crítica textual obliga a preferir”³.

Enrico Menestò resume las diferentes posturas acerca del texto y su autora al consignar que se trata de una epístola o conjunto de epístolas, que una monja o una dama, la cual provenía de Galicia o de la Galia, redactó entre 381 y 384 o entre 414 y 416⁴. No es mi propósito incursionar en los pros y los contras que avalan o no cada una de estas opciones pues constituyen una materia frecuentemente abordada en los estudios sobre el texto. Mi propuesta consiste en cambio, en enfocar una cuestión cuyas implicancias no han sido todavía examinadas, y que a mi juicio, reviste particular interés para un acercamiento a las prácticas viajeras de las mujeres durante la Edad Media. Se trata de la recepción del *Itinerarium* a lo largo del período que nos ocupa, de modo que comenzaré refiriéndome a ciertos aspectos de su conservación y transmisión.

El cenobita gallego Valerio murió en 695, es decir que escribió su epístola a los monjes del Bierzo cuando ya habían pasado alrededor de doscientos años desde la realización del viaje. Y se refiere a su autora en estos términos⁵:

Ruégoo, hermanos, santos y queridos de Dios, que meditéis con ánimo atento qué ejercicio de variadas obras es necesario para llegar al reino de los Cielos. Cuando consideramos los hechos y virtudes de varones fortísimos y santos, hallamos más digna de admiración la constantísima práctica de la virtud en la debilidad de una mujer, cual lo refiere la notabilísima historia de la bienaventurada Egeria, más fuerte que todos los hombres del

¹ Agustín Arce, ed., *Itinerario de la virgen Egeria*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1980, págs. 58-59. Todas las citas del texto pertenecen a esta edición.

² Sofía M. Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reichenberger, 1997, págs. 46-47.

³ Respecto a las atribuciones autorales y la grafía del nombre, cf. *ed. cit.*, págs. 18-21.

⁴ Enrico Menestò, “Relazioni di Viaggi e di Ambasciatori”, *Lo spazio letterario del Medioevo. I. Il medioevo latino*, vol I (in due tomi): “La produzione del testo”, Guglielmo Cavallo, Claudio Leonardi y Enrico Menestò, dirs., Roma, Salerno Editrice, 1994, págs. 542-545.

⁵ Véase el texto completo de la epístola en Agustín Arce, *ed. cit.*, págs. 8-17.

siglo. [...]. [...] a quien no cansaron los viajes por todo el mundo, ni detuvieron los procelosos mares y ríos caudalosos, ni amilanaron la inmensa altura y horrible fragosidad de los montes, ni amedrentó la ferocísima crueldad de gentes impías [...] Por eso amadísimos hermanos, ¿cómo no avergonzarnos nosotros que gozamos de las fuerzas corporales y de salud perfecta, de que una mujer [...] haya logrado endurecer como el hierro el frágil sexo femenino[...]?⁶.

Los otros datos con que contamos acerca de la difusión del texto, ordenados cronológicamente de acuerdo con el siglo de su procedencia, son los siguientes:

- a) En el *Liber Glossarum* “Ansileubi”, del siglo VIII o IX, citado por W. Lindsay y J. Mountford en sus *Glossaria latina iussu Academiae Britannicae edita*, se cita a Egeria, reproduciendo una cita de su *Itinerario*⁷.
- b) En la Biblioteca Nacional de Madrid, en 1909, se hallaron nueve hojas provenientes de un manuscrito de Toledo del siglo IX, con notas que siguen el mismo orden del *Itinerarium*, y copian con frecuencia, palabras y frases del modelo⁸.
- c) El *Itinerarium* se halla entre los libros donados en 938 al monasterio de San Salvador de Celanova –Orense–, fundado por Ilduara, una de las mujeres notables de la época, y su hijo Rosendo. Fue éste mismo el autor de la donación, cuando era obispo de Mondoñedo y se estaba formando la biblioteca para el nuevo monasterio, aún en construcción pues se terminó en 942⁹.
- d) Según los tres catálogos de los manuscritos que poseía la Biblioteca de Saint-Martial de Limoges en el siglo XIII, había un *Itinerarium Egerie abbatisse*. Ya no aparece en 1669¹⁰.

En cuanto al manuscrito descubierto por Gamurrini, fue escrito en el siglo XI, en el monasterio benedictino de Monte Casino, y allí se encuentra asimismo, un testimonio del ascendiente ejercido por el *Itinerarium* de Egeria porque el bibliotecario, Pedro Diácono, copió casi literalmente varios fragmentos en su propio *Itinerarium de locis sanctis*, de 1070. Hay razones para suponer que el abad Ambrosio Rastrellini llevó el códice en 1602, de Monte Casino a Arezzo, en cuya “Confraternità dei Laici” se produjo el hallazgo de fines del siglo XIX¹¹.

Estos datos permiten comprobar por lo tanto, que el hecho de que fuera un relato escrito por una mujer y dirigido a otras mujeres¹², no interfirió en su

⁶ Cf. *ed. cit.*, págs. 9 y 15.

⁷ Cf. *ed. cit.*, págs. 42-43.

⁸ Dom De Bruyne, “Nouveaux fragments de l’*Itinerarium Eucheriae*”, *Revue Bénédictine*, 26, 1909, págs. 481-483.

⁹ María del Carmen Pallares, “Grandes señoras en los siglos IX y X”, *Historia de las mujeres en España y América latina*, Isabel Morant, dir., Madrid, Cátedra, 2006, pág. 429.

¹⁰ Cf. *ed. cit.*, pág. 42.

¹¹ Para todo lo relativo a este manuscrito, cf. *ed. cit.*, págs. 35-38.

¹² Las llama, “*dominae venerabilis sorores*”; “*dominae animae meae*” y “*domnae, lumen*”

conservación a través de varios manuscritos que circularon desde principios del siglo V hasta los umbrales del XVII¹³, entre Galicia y Monte Casino. Pero además, todo parece indicar que fue considerado una verdadera *auctoritas*, tanto en el plano de la información sobre los lugares santos, según lo atestigua el uso dado por Pablo Diácono en la segunda mitad del siglo XI, como en las enseñanzas morales alabadas por la epístola de Valerio a fines del siglo VII.

Es verdad que hay testimonios ya desde la época de las primeras peregrinaciones, acerca de que no todos aceptaban que las mujeres hicieran viajes de semejante magnitud. Arsenio, por ejemplo, un anacoreta que vivía en Egipto, reprende a una virgen que va a visitarlo porque como mujer no debe alejarse de su casa, y además, ha dado lugar para que otras la sigan¹⁴. También San Jerónimo se indigna en una epístola con una mujer viajera que llega a Jerusalén, pero en este caso no es por ser mujer sino por el boato del que se rodea y por su absoluta falta de modestia. Se trataba casi con seguridad de Poemenia, probablemente emparentada con el Emperador Teodosio, que viajó con un séquito deslumbrante. Se llegó a confundirla con Egeria pero las investigaciones han aclarado este error¹⁵. Lo cierto es que más allá de los cuestionamientos, hubo otras viajeras a Tierra Santa contemporáneas de Poemenia y Egeria, como por ejemplo, la ya citada Silvia de Aquitania, Paula, la discípula de San Jerónimo, Galla Placidia, hija de Teodosio, Melania la Mayor y su nieta, Melania la menor.¹⁶

Pero de todas ellas, la que ha trascendido como viajera paradigmática ha sido Egeria, gracias a una escritura donde quedaron registradas las más variadas informaciones, la osadía para enfrentar cualquier riesgo con tal de alcanzar metas geográficas o espirituales y una curiosidad que ella misma confiesa: “*Tunc ergo ego, ut sum satis curiosa...*”¹⁷. En cuanto a las razones que pueden haber facilitado a lo largo de la Edad Media que el texto fuera transmitido y consultado en calidad de *auctoritas*, la epístola de Valerio proporciona ciertas pistas relativas a aspectos de la personalidad de la autora. Se aprecia en

meum”, cf. *ed. cit.*, págs. 188, 240 y 254.

¹³ Respecto al interés por los relatos de viajes medievales durante los Siglos de oro, véase Barry Taylor, “Los libros de viajes de la Edad Media: bibliografía y recepción”, *Actas del IV Congreso da Associação Hispânica de Literatura Medieval*, vol. I, Lisboa, Cosmos, 1991, págs. 57-70; y Sofía M. Carrizo Rueda, “Poética del relato...”, *ed. cit.*, págs. 158-160.

¹⁴ Amparo Pedregal, “Las mujeres en la sociedad cristiana”, *Historia de las mujeres en España y América latina*, Isabel Morant, dir., Madrid, Cátedra, 2006, pág. 328.

¹⁵ Pedregal, *op. cit.*, pág. 328

¹⁶ Pedregal, *op. cit.*, pág. 327.

¹⁷ Cf. *ed. cit.*, pág. 229.

principio, que las alabanzas la muestran como la *mulier virilis*, es decir la que es capaz de superar cualquier debilidad para asumir la valentía, el vigor y la decisión atribuidos a los hombres¹⁸. Pero considero que importan sobre todo, las constantes referencias del cenobita a que este fortalecimiento del cuerpo y del carácter estaba orientado a alcanzar, a través de las experiencias del peregrinaje, un perfeccionamiento espiritual. Por lo tanto, subraya en definitiva, una dimensión sapiencial del viaje, sobre la que tendremos que volver más adelante.

De todos modos, por lo que toca a la aceptación de los viajes de las mujeres en general y a los de las peregrinas en particular, los testimonios tanto de las crónicas como de las obras que constituyen el canon literario medieval, no apuntan a una actitud condenatoria como la de Arsenio, e incluso aflora la aprobación explícita, como en la epístola valeriana, o sobreentendida, como veremos.

En la mayoría de los casos, las menciones de viajes de mujeres se refieren a los de reinas, abadesas y otras integrantes de los estamentos más altos. No obstante, también pueden rastrearse los desplazamientos de mujeres anónimas en historias como por ejemplo, las de peregrinajes y milagros. Recordemos dos casos narrados por Gonzalo de Berceo. Uno de ellos se encuentra en la *Vida de San Millán*, y relata el penoso caminar que emprende una mujer junto con su marido y sus allegados –posiblemente, familiares y vecinos entre quienes no faltarían otras mujeres– para llevar a una hija de apenas tres años, gravemente enferma, al sepulcro de San Millán, con la esperanza de que éste le devuelva la salud. La niña muere en el camino, pero aún así deciden continuar el viaje para velarla junto al altar del santo, por cuya intercesión, resucita¹⁹. El otro ejemplo figura en los *Milagros de Nuestra Señora*. Es el número XIX, “Un parto maravilloso”, y narra el peligro de muerte en el que se encuentra una embarazada que el día del arcángel San Miguel se traslada para escuchar misa en la abadía del monte Saint-Michel, famoso por las impresionantes mareas que rápidamente lo aíslan de la tierra. Por su embarazo, no alcanza a huir con los demás peregrinos, de la crecida de las aguas, pero la Virgen no solo la salva de morir ahogada sino que la hace dar a luz sin dolor²⁰. En principio, la absoluta autenticidad de los hechos que era necesario sostener en casos como éstos, nos interesa como señal de que no se referían a algo insólito para el auditorio, y que las mujeres del pueblo llano también emprendían desplazamientos acordes con

¹⁸ Respecto a esta tipología femenina, véase Pedregal, *op. cit.*, pág. 326.

¹⁹ Cf., Brian Dutton, ed., *Vida de San Millán de la Cogolla*. En, Gonzalo de Berceo, *Obra completa*, Isabel Uría, coord., Madrid, Espasa Calpe, 1992, págs. 213-217.

²⁰ Cf., Claudio García Turza, ed., *Los Milagros de Nuestra Señora*. En, Gonzalo de Berceo, *Obra completa*, Isabel Uría, coord., Madrid, Espasa Calpe, 1992, págs. 672-681.

sus posibilidades y su estilo de vida. Pero lo significativo desde el punto de vista del imaginario, es que los autores solían utilizar tales viajes en sus historias, como mediadores a través de los que ellas recibían el favor divino. El recurso podría interpretarse en consecuencia, como una tácita aprobación de tales desplazamientos. Pero hay que precisar inmediatamente, que resultaban fundamentales las razones por las que se salía a los caminos.

Respecto a los viajes en general, las diferencias entre los momentos históricos y entre las redes de códigos propias de diversos textos dan lugar a un variado espectro de posturas. Sin embargo, pueden señalarse ciertos rasgos en común defendidos durante dos siglos por las obras agrupadas bajo el rótulo “mester de clerecía”. En éstas, el viaje se presenta siempre claramente fundamentado, y las justificaciones se relacionan directamente con prestar un servicio a la sociedad. Un caso claro lo constituyen las campañas guerreras en defensa de los intereses de una región, como las que emprende Alexandre. Y también se manifiesta la necesidad del viaje para adquirir los conocimientos y la sabiduría que favorecerán a la comunidad, como en el caso del rey Apolonio. Pero todo móvil para emprender un viaje o para prolongarlo que no responda a justificaciones de este tenor, es señalado en los textos como ‘desmesura’ o ‘locura’, y se lo relaciona con algún pecado, como la lujuria en las andanzas por la sierra del Arcipreste o la soberbia y la codicia de Alexandre cuando quiere hacerse emperador del universo. Estas posturas que se desprenden del análisis del *Libro de Alexandre*, el *Libro de Apolonio*, y el *Libro de Buen Amor*²¹, se ven reforzadas por textos de la prosa didáctica como *Calila e Dimna*, *Bocados de Oro*, *Poridat de las poridades* y la *Visión deleytable* de Alfonso de la Torre, que sostienen por su parte, la necesidad de que la “mesura” y la búsqueda de la sabiduría fundamenten los viajes²². Y asimismo, declaraciones de los propios viajeros, como por ejemplo, las de Odorico de Pordenone y Pero Tafur, confirman que un viaje no podía estar separado de preocupaciones por el grupo social de pertenencia²³. Las peregrinaciones asumían también estas responsabilidades por el carácter de intercesión colectiva revestido por la oración.

²¹ Sofía M. Carrizo Rueda, *Poética del relato...*, cf. ed. cit., págs. 69-79; y “El viaje ¿necesidad o locura? Una polémica que desborda los marcos medievales.” *Studia Hispanica Medievalia IV*. Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras, 1999, págs. 51-59.

²² Marta Haro, “El viaje sapiencial en la prosa didáctica castellana de la Edad Media.” *Actas del primer Congreso Anglo-Hispano*, vol. II: “Literatura”, Alan Deyermond y Ralph Penny, eds., Madrid, Castalia, 1993, págs. 59-72.

²³ Sofía M. Carrizo Rueda, *Poética del relato...*, cf. ed. cit., págs. 81-82 y “El viaje ¿necesidad o locura? Una polémica...”, cf. ed. cit., págs. 59-62.

En todos los textos citados, los autores se refieren evidentemente, a viajes realizados por hombres. Pero en primer lugar, considero necesario hacer extensivas estas fundamentaciones a los viajes de determinadas mujeres que podrían incluirse en la categoría de *mulier virilis*, como aquellas reinas que tenían que decidir un traslado de la corte, encabezar embajadas, y asimismo, expediciones guerreras, o a las abadesas, que debían desplazarse muchas veces por las tareas propias de su cargo²⁴. Las relaciones de los viajes con las necesidades de grupos sociales de los que esas mujeres no solo formaban parte sino que eran responsables, operaban como fundamentación.

Asimismo, considero que es necesario retomar aquí la mencionada dimensión sapiencial del *Itinerarium* de Egeria, porque a mi juicio su actitud como viajera tuvo un peso sumamente significativo en la difusión medieval del texto. La autora no solo demuestra una profunda piedad sino también un permanente deseo de aprender y de enriquecerse espiritualmente. Presta mucha atención a todo lo que ve, a lo que le enseñan los religiosos que le van sirviendo de cicerones, y no deja de consultar como guía el texto bíblico y de orar. Al respecto declara:

*Id enim nobis semper consuetudinis erat ut, ubicumque ad loca desiderata accedere uolebamus, primum ibi fieret oratio, deinde legeretur lectio ipsa de codice, diceretur etiam psalmus unus pertinens ad rem et iterato fieret oratio ibi*²⁵.

Su actitud parece apartarse por lo tanto, de la *religiosa cupiditas* o simple deseo de ver que condenaba Paulino de Nola²⁶. Ya se ha apreciado hasta qué punto, San Valerio consideraba a Egeria un ejemplo por su conducta, y ella misma aclara que su viaje no es un logro personal sino una gracia divina que le permitirá poner las memorias al servicio de quienes las lean²⁷.

Pero al lado de las justificaciones reseñadas, aquellos casos como el de la madre que peregrina con el padre al sepulcro de San Millán, llevando a su hija

²⁴ Pueden recordarse entre varios ejemplos célebres, la embajada de la Reina Toda desde Pamplona a la Córdoba de Abderahmán, en el siglo X, y los numerosos viajes de la abadesa Hildegarda de Bingen, en el siglo XII. Para ninguna de las dos, como para la también viajera frecuente, Leonor de Aquitania, representó un obstáculo ser octogenarias.

²⁵ Cf. *ed. cit.*, págs. 212-214.

²⁶ Paulino de Nola condenaba las peregrinaciones sin diferencias de sexo, y definía como *religiosa cupiditas* el deseo de ver Jerusalén, testimoniando ya en el siglo IV, que ante cualquier viaje lo que se condenaba era el móvil de pasiones individuales. Posteriormente, teólogos, místicos y pensadores de variada procedencia dieron lugar a una literatura *contra peregrinantes* que llega hasta la *devotio moderna*, Erasmo y la Reforma. Al respecto, Enrico Menestò, *cf. op. cit.*, pág. 535.

²⁷ “*Et licet semper Deo in omnibus gratias agere debeam, non dicam in his tantis et talibus, quae circa me conferre dignatus est indignam et non merentem, ut perambularem omnia loca, quae mei meriti non erant.*” Cf. *ed. cit.* pág. 198.

enferma, parecen agregar un nuevo elemento justificativo para los viajeros en general. Éste se apoyaría en todo lo relativo a las preocupaciones por la célula de la sociedad conformada por la familia, criterio que podría llegar a atañer más particularmente a las mujeres. Constituye un tema que a mi juicio, es necesario investigar, porque se corresponde con un interés por la vida familiar y también por los niños, aún los más pequeños, del que da varios testimonios la obra de Berceo, en consonancia con preocupaciones de su contexto histórico y cultural²⁸. Al respecto, una nueva corriente de historiadores está cuestionando a aquellos como Ariés, Stone y otros enrolados en la “escuela de las mentalidades”, que establecieron una dicotomía radical entre la familia afectiva moderna y una supuesta carencia de vínculos a través de los sentimientos, tanto en el matrimonio como en la relación con los hijos, dentro de la familia medieval. Jack Goody considera que es una “inaceptable visión” y afirma:

La idea de que hubo cambios psicosociológicos espectaculares [en el siglo XVI] [...] no hace justicia al curso de los acontecimientos, conduce a negar rasgos que permanecían y a subrayar excesivamente la singularidad de cada período.”

Consecuentemente, el historiador rechaza la idea de que la noción de “infancia” no existía en Europa antes del siglo XVI²⁹. Por mi parte, al analizar en el trabajo citado, la figura del niño y de su relación con los adultos en *Vida de Santo Domingo de Silos*, en el *Poema de Santa Oria*, en algunos *Milagros de Nuestra Señora* y en el citado fragmento de la *Vida de San Millán*, confrontando a la vez las obras con su contexto histórico-cultural, he podido recoger una serie de elementos que coinciden con estas posturas. El intenso cariño de las familias por los hijos es subrayado varias veces, y en el caso particular de las madres, se aprecian los paralelos con actitudes de la Virgen María.

Si se retoma en este punto el tema de los viajes, entiendo que no es difícil conjeturar una relación entre el paradigma de María como una viajera que padece toda clase de privaciones para proteger a su Hijo durante la huída a Egipto, y las madres de las historias piadosas que encontraban en los caminos, la ayuda divina. Sobre la presencia de este episodio evangélico en el imaginario además de las numerosas representaciones plásticas en pórticos, frescos, miniaturas, etc.³⁰, hay otro tipo de testimonios como los del viajero Pero Tafur, quien asegura que el

²⁸ Sofía M. Carrizo Rueda, “El niño, una presencia significativa en la obra de Berceo. Descripción, aspectos doctrinales y la cuestión de los destinatarios.” *Revista de Literatura medieval*, XXI, 2009, págs. 125-143.

²⁹ Jack Goody, *La familia europea*, Barcelona, Crítica, 2001, págs. 73-74

³⁰ El relato del episodio se encuentra en Mateo, 2, 13-15 y fue ampliado con multitud de anécdotas en los Evangelios apócrifos. Comenzó a ser representado plásticamente hacia fines del siglo V.

bálsamo solo crece si se lo riega con el agua de la fuente que María hizo manar durante la huida para que Jesús bebiera, y también declara haber visto la higuera que se ensanchó para que Madre e Hijo se refugiaron de sus perseguidores³¹. En cuanto a los viajes por preocupaciones familiares, en este mismo autor hay una referencia cuando relata el viaje de una mujer a los baños de Baden: “Estaba allí una señora, que venie en romería por un su hermano que estava preso en la Turquía”³².

La sociedad medieval, sobre todo a partir del siglo XI, se fue construyendo a través de muy diversos tipos de viajes. Además de las peregrinaciones –y muchas veces en interrelación con ellas–, se desarrollaron los viajes comerciales, los de las cortes itinerantes, las campañas guerreras, las embajadas, los acontecimientos sociales como coronaciones o bodas, la predicación del cristianismo por parte de ortodoxos o heterodoxos, los desplazamientos relacionados con el saber y el arte como los de estudiantes, arquitectos o juglares. Y dentro de cada una de estas grandes categorías, pueden distinguirse diferentes modos de participación que involucraban a diversos grupos sociales, como los artesanos o criados que se desplazaban con ejércitos, cortes y mercaderes, o la mendicidad que se infiltraba por diversas vías en el cuerpo social. Además, el comercio no solo impulsaba viajes como los de Marco Polo, sino también los de los campesinos que iban a los mercados; y peregrinos eran tanto quienes se dirigían a Roma, Santiago o Tierra Santa como los que se trasladaban a algún centro de devoción más o menos próximo a sus domicilios.

Y en cada una de las diferentes modalidades de los viajes, las mujeres estuvieron presentes. La vida era demasiado difícil como para dejar en casa a la mitad de la población activa mientras la sociedad necesitaba de tan variados desplazamientos para sobrevivir y crecer. No obstante, no puede dejar de considerarse que debido al fuerte sentido comunitario que impregnaba a la sociedad medieval, el viaje como cualquier otra decisión, tenía que ser útil al grupo de pertenencia y, en la medida de lo posible, no causar perjuicios a nadie. Ni siquiera al propio viajero, porque él también como parte de la sociedad se debía principalmente a los demás. De tales circunstancias derivan todos los aspectos relacionados con las justificaciones de los viajes mencionadas más arriba.

Por lo que toca a las mujeres viajeras, considero que compartían con los hombres los mismos criterios de justificación, incluso los referidos a la sabiduría y

³¹ Miguel Angel Pérez Priego, ed., Pero Tafur, *Andanças e Viajes*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2009, pág. 86

³² Cf. *ed. cit.*, pág. 198. Ya hay testimonios del siglo XIV, acerca de la utilización de las aguas termales para la cura de diversas enfermedades, pero además, estos baños continuaron revistiendo un sentido ritual de purificación.

al conocimiento como parece desprenderse del proceso de recepción del *Itinerario* de Egeria. Pero insisto en que es necesario rastrear además, las justificaciones relacionadas con los afectos familiares, y hacerlo a través de todos los estamentos, desde las madres pueblerinas como la de Berceo hasta las señoras encumbradas como la de Tafur.

El examen de los conceptos y del imaginario sobre la Edad Media no se detiene. Y así como se encuentra en revisión todo lo relativo a la vida en familia y también, a una supuesta concepción del niño como adulto en miniatura, es necesario desmontar como sostiene Le Goff, los criterios elaborados a través del prisma del siglo XIX sobre las mujeres del medioevo³³. Respecto al viaje, considero que los ilustradores decimonónicos fueron quienes consagraron la figura, supuestamente medieval, de una mujer pasiva, sentada junto a una ventana que la separaba de un camino por donde solía verse cabalgar a un hombre. Es una imagen que encuentro más próxima a los íconos victorianos de lo femenino que a los medievales, pues entre éstos no es posible olvidar la frecuencia con que aparece María, a lomos de una cabalgadura, cruzando el desierto con su Hijo en brazos, en función de un doble deber: no solo el maternal sino también el de responsable del plan de la Salvación.

Testimonios muy variados recuerdan incesantemente, que durante la Edad Media, las mujeres supieron recorrer todos los caminos del mundo, y asimismo, que es preciso profundizar en los modos de construcción de identidad que el viaje aportaba para ellas, de acuerdo con los diferentes mundos con los que cada una se sentía comprometida, desde las que se inscribían en la categoría de *mulier virilis* hasta la “femna flaquella e prennada” del Milagro de Berceo.

³³ Jacques Le Goff, *Una larga Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2008, pág. 93.